

Pequeñas Teorías

Ciclos de Nuestra Historia

POR LORENZO MEYER

EL ideal de todo estudioso de los fenómenos naturales o sociales es llegar a elaborar una teoría general que explique el mayor número de hechos de la manera más económica y elegante posible. Yo nunca pondré mi nombre a una teoría de ese tipo, pero de todos modos, y por lo que pueda valer, hoy le presento al lector una pequeña teoría sobre los ciclos de auge y depresión de nuestra historia. La teoría es esta: en México, la inflexibilidad del sistema político ha sido tal, que cada gran auge económico ha terminado en un desastre, es decir en una lucha civil, en una depresión económica o en ambas, con lo cual se pierde un tiempo y un esfuerzo vitales en la lucha histórica por salir del atraso y entrar a la modernidad.

Como no se tienen datos adecuados antes del siglo XVI, esta teoría tiene que empezar a entrar en acción en el momento en que Europa "encontró" (como se dice ahora) a América. Ese fue un siglo muy violento y traumático para los "encontrados"; el siguiente, el XVII, fue —según los historiadores— el siglo de la primera depresión económica.

★

A éste le siguió una época de "boom" en el siglo XVIII gracias al aumento en las exportaciones de plata a la Madre Patria (aunque algunos historiadores económicos andan revisando esta teoría del auge, pues consideran que fue menor de lo que comúnmente se cree).

La prosperidad del siglo XVIII pudo haber sido un punto de apoyo para iniciar el despegue de nuestra economía —como lo hizo Estados Unidos—, pero el sis-

tema político colonial centralizado y autoritario no favoreció ese desenlace. Por ello, y por las guerras en Europa, el relativo progreso del siglo XVIII terminó en una cruenta y brutal guerra civil y racial que en lo militar ganaron las autoridades españolas y criollas, pero que en lo político la perdió la Madre Patria en 1821 y en lo económico resultó un desastre para todos.

Años y años de caos y penalidades políticas, económicas y sociales siguieron a los de la guerra de Independencia. Esto acabó finalmente cuando se inició el segundo gran auge mexicano —también producto del aumento de las exportaciones (plata, cobre, henequén, etc.)— bajo la férrea y autoritaria dirección del general Porfirio Díaz y su grupo de liberales. México se transformó entonces de manera sorprendente, pero ya no se pudo recuperar del todo el tiempo perdido en la construcción de un capitalismo fuerte, que le salvara de caer en el subdesarrollo. El relativo éxito económico llevó a que la oligarquía porfirista pospusiera una reforma política que, por lo demás, sabía necesaria (tan lo sabía que don Justo Sierra la dejó anunciada). Como todos sabemos, este error llevó a que el segundo "boom" económico terminara en otro nuevo desastre nacional. De las grandes fiestas del centenario en 1910 se pasó abruptamente a otra feroz guerra civil —que también tuvo su lado racial— y que causó cientos de miles de muertos, incontables sufrimientos, y otra pérdida de recursos y de tiempo para lograr el tan buscado ingreso a la comunidad de naciones capitalistas capaces de un desarrollo autosostenido.

★

ESTA vez la guerra civil tardó mucho en apagarse. Todavía a mediados de los años veinte se vivió la pesadilla de la cristiada y en 1929 la rebelión escobarista. Luego vino la Gran Depresión y después los cambios que introdujo el cardenismo; cambios que afianzaron el nuevo régimen pero que a corto plazo tuvieron innegables costos económicos. Sólo hasta que coincidió el arreglo de cuentas entre clases y grupos que trajo consigo la Revolución con un auge de las exportaciones —provocado por la demanda que generó la Segunda Guerra Mundial— México pudo entrar de nuevo en una etapa de crecimiento.

El tercer auge mexicano —el llamado "milagro mexicano"— fue causa y efecto de la posrevolución. Esta etapa fue dirigida y férreamente controlada por la burguesía política del PRI. Como en lo pasado, el éxito económico llevó a los

Pequeñas Teorías.- Ciclos de Nuestra Historia

Sigue de la página siete

nuevos dirigentes a posponer una reforma política de fondo ("¿para qué cambiar ahora si todo va tan bien?") y que muchos de ellos sabían necesaria después de la tragedia de 1968.

En 1982 México pasó, de pronto, del "boom" petrolero a una profunda depresión de su economía y de su espíritu. De nueva cuenta el éxito terminó en un retroceso, y en buena medida por las mismas razones que en lo pasado: el autoritarismo impidió corregir a tiempo los errores y los excesos de un presidencialismo desorbitado y obsoleto.

Así pues, según esta pequeña teoría, al actual desastre económico le debe de seguir más pronto que tarde un conflicto social. Aquí confieso francamente mi deseo de que la realidad desmienta plenamente esta parte de la teoría. Con la crisis económica, la sociedad mexicana ya ha pagado muy caro la incapacidad e irresponsabilidad de sus gobernantes. Una

nueva lucha civil aumentaría los sufrimientos de nuestra sociedad y no hay garantía de que de ella salga algo obviamente mejor.

Ahora bien, para que esta crisis económica no desemboque en la violencia generalizada —la otra violencia ya existe—, es necesario que el actual grupo gobernante muestre más sensibilidad, inteligencia y voluntad políticas de las que ha mostrado hasta ahora. Los impuestos a la Antonio López Santa Anna, las autocelebraciones en medio de la derrota como la del 13 de diciembre pasado, las elecciones sospechosas, la austeridad impuesta por el gobierno pero no compartida por los gobernantes, el privilegiar el pago puntual de la deuda externa por sobre las necesidades nacionales, etcétera, no son la mejor forma de gobernar a un país en crisis.

Políticamente este sexenio ya dio todo lo que podía dar. Por ello, la responsabilidad de evitar un desastre mayor va a caer sobre los hombros de quienes dirijan el curso de México a partir de diciembre de 1988. De ellos depende que la conclusión de esta

teoría cíclica de nuestra enorme, ¿estarán a la altura historia quede desmentida. ra de las circunstancias? Es una responsabilidad. Más nos vale.